



«Todos caerán, la mujer serpiente» y «Ya van desplumados», tres de los «Caprichos» creados por el pintor genovés Francisco de Goya, que ahora han sido reproducidos en facsímil

250 ANIVERSARIO Goya concibió sus «Caprichos» para ser vistos y «leídos».

La Academia de San Fernando, de la que fue miembro eminente, edita ahora una fiel reproducción de las láminas, tal y como las vendió el pintor, en forma de libro

Una joya bibliográfica goyesca

La Calcografía Nacional presenta una edición en facsímil de los «Caprichos»

Pérez Gállego

La Calcografía Nacional de la Real Academia de San Fernando, en colaboración con las fundaciones La Caixa (Barcelona) y El Monte (Sevilla), ofrece en este año 1996, en que se celebra el 250 aniversario del nacimiento del artista de Fuendetodos, una auténtica joya bibliográfica: una reproducción exacta y fiel de los famosos «Caprichos».

No podía haberse elegido para tal ocasión escenario más apropiado. No sólo ya por la vinculación de Goya a la Real Academia, sino porque en esta misma casa, cuatro años atrás, fue organizada con gran éxito la exposición «La década de los Caprichos», de la que fueron principales responsables los famosos especialistas británicos Nigel Glendinning y Juliet Willson-Bareau.

«El facsímil que hoy ofrecemos —dijo el doctor Juan Carrete, director de la Calcografía Nacional— representa un auténtico esfuerzo bibliográfico. Sólo los modernos procedimientos técnicos de reproducción permiten estos alardes. Pero, además de su técnica, este libro es también arte: en su realización ha sido empleado un papel parecido, piel semejante y encuadernación similar a los utilizados en tiempos de don Francisco. Cada uno de estos detalles ha sido objeto de una atención especial».

Goya fue obviamente, como tantos otros de sus colegas antiguos o modernos, mejor artista que comerciante. Tuvo una extensa y rica clientela —comenzando por los Reyes de España, pasando por la alta nobleza y descendiendo por ministros y financieros—, pero en muchas ocasiones no encontró compradores para sus obras.

En el caso de los «Caprichos», que Goya quiso crear en forma de láminas para que tuviesen mayor difusión y penetración, y con las que su autor trataba de ofrecer una especie de temas de meditación —unos profundos e importantes, otros simplemente chistosos— tanto para ser vistos como para ser «leídos». Es decir, ofrecidos en forma de libro.

Calle del Desengaño, 1

Tras la laboriosa gestión de

los «Caprichos» (cuestión que nos lleva a los estudios de Edith Heilman o el citado Dr. Glendinning, éstos aparecieron al fin a principios de 1979. En el «Diario de Madrid» correspondiente el 6 de febrero de 1979, apareció un largo anuncio: «Colección de estampas de asuntos caprichosos, inventadas y grabadas al aguafuerte por don Francisco de Goya». Y tras un comentario extenso y de cierta profundidad, terminaba la nota: «Se vende en la calle del Desengaño, número 1, tienda de perfumes y licores, pagando por cada colección de a 80 estampas 30 reales de vellón». Cabe la posibilidad de que la venta de los 300 ejemplares de la primera edición de los «Caprichos» se hiciera en tan singular y exótico establecimiento de perfumes y licores. Ojitos es más seguro que allí hubiera únicamente un ejemplar fatigado para el libre examen público y que los compradores que manifestaran un interés real hacia la obra fueran enviados directamente al cercano domicilio de Goya».

Gracias a esta fidelísima reproducción de los «Caprichos» realizada por la Calcografía Nacional podemos disponer ahora de un ejemplar tal y como los vendió el propio Goya. Sin ir



Auto-retrato de Goya en los «Caprichos»

más lejos, el ejemplar que el artista regaló, acompañado de preciosas observaciones manuscritas, a su amigo y modelo el duque de Wellington. La Calcografía ha realizado una primera

edición de 3.000 ejemplares. El precio de cada uno es de 8.000 pesetas, realmente bajo si tenemos en cuenta su valor real, al menos tres veces superior.

El profesor Juan Carrete insistió, en la presentación del facsímil, en su carácter de libro útil. No se trata de un libro de lujo para ser almacenado en la biblioteca, entre los de más bella encuadernación y rico contenido, sino una obra para ser abierta y vista informalmente, al azar, para «leer» de cada lámina en forma espontánea las conclusiones que el propio Goya pedía a sus compradores. Todos nuestros grandes artistas —pensemos en los «Caprichos», de Goya, o un par de siglos antes en «Don Quijote», de Cervantes— fueron también sutiles moralistas. Buzuel, por cierto, es otro moralista sin saberlo.

Porque en los «Caprichos» hay mucho humor, mucha ironía, mucho sarcasmo... Pero bajo esa epidemia que a veces ronda o incide en la caricatura, Francisco de Goya está tratando temas tan serios como la libertad, la fe y la superstición, el pueblo y la sociedad... El aragónes de Fuendetodos siempre fue genial. No sólo como pintor, grabador y dibujante. Su ideario personal es fascinante. Y también, en fin, su forma de expresarlo en palabras, a través de esos inefables pibes que acompañan sus láminas y grabados: «Ya tienen asiento, ¿sí amanes, no vamos», «No grites, tonta... ¡Caben mayores lecciones de penetrante sabiduría y gracejo!»

Tres estudios «caprichosos»

P. G.

Junto con el facsímil de los «Caprichos» aparece un bello tomo, de las mismas características que aquél, salvo la encuadernación rígida, con tres estudios en relación con los «Caprichos». Está todo dicho sobre Goya? Estos estudios buscan ángulos y enfoques originales. En todo caso, volviendo a la autoridad de Juan Carrete, estas páginas demuestran la vitalidad de los «Caprichos», que aún siguen siendo de plena actualidad y documentos visuales que nos ayudan a comprender el mundo. Nigel Glendinning, en el primer estudio, «El arte satírico de Goya», ofrece una nueva síntesis de la historia de esta «tampografía» divulgación. La sátira, escrita o dibujada, se utilizaba frecuentemente en

tiempos de Goya, «muy útil para la sociedad, con tal que no se dirigiese contra las regalías de su Majestad, los dogmas de la Iglesia o el honor de la nación, ni ocurriese en la demagogia personal». Aparece, pues, un Goya «caprichoso» que se ríe y fustiga muchas de las costumbres de su época. Su técnica como grabador es perfecta. Tan maravillosa como la de Rembrandt o Picasso. En cuanto al Goya crítico, sólo propone una dramática o divertida serie de meditaciones: «Intentando adaptar o reformar nuestras emociones, nuestra propia perspectiva sobre la vida y la conducta humana».

Más original y discutible es el tema tratado por el profesor Juan Miguel Serra, de la Universidad de Sevilla, que analiza un asunto poco conocido: «Los «Caprichos» y el teatro de títeres

chinescos». Goya fue un espíritu divertido y juguetón. En sus largos años de vida estudió la cámara oscura (contó cuenta en una inefable carta a Moratin), el tulumundi, o mundonuevo y, en fin, las sobobras chinescas. Es muy posible que don Francisco asistiera a alguna de las representaciones dadas en España por la compañía del alemán Josef Brunn en 1799. Eran funciones celebradas tanto por la nobleza como por el pueblo, donde las sombras chinescas alternaban con representaciones de barraca de feria. El tema ya lo estudió Camón Aznar, centrándose en el dibujo titulado «Cómicos de Pueblos». Curiosamente, los hermanos Buzuel, de pequeños, ofrecían en la faja de su casa, en Calanda, singulares representaciones de sobobras chinescas, destinadas a los niños

del lugar, que pagan una perra gorda de entrada».

Por fin, la profesora Jesusa Vega, en el sugestivo ensayo «De la imaginación a la realidad», ofrece esa imagen de ida y vuelta de los «Caprichos». Realidad y ficción se mezclan, como se superponen el dibujo original y la lámina final grabada. Goya trató de expresar sus ideas, sus prejuicios, sus envious... En enero de 1794 Goya enviaba a don Bernardo de Iriarte una impagada de los «Caprichos» para ser vendidos en el mundo de los «Caprichos». Recordemos la frase principal, de aragonesa llaneza: «El capricho y la invención no tienen ensanches. Pero entre la carta a Iriarte y la edición definitiva de los «Caprichos» pasaron muchos años y muchos acontecimientos. El sueño de la razón, quizás, había producido monstruos...»